

El modelo de Iglesia que propone el Concilio Plenario de Venezuela para nuestros días a la luz de la Sinodalidad

Pedro Trigo, S.J.¹

trigodura@gmail.com

ORCID: 0000-0001-8635-2127

Instituto de Teología para Religiosos, Caracas, Venezuela

Resumen

Lo primero que queremos poner de relieve es que una alternativa que sea realmente superadora sólo se logrará desde la situación actual: sólo optimizando lo bueno podemos superar lo malo. Por tanto, tenemos que comenzar por hacernos cargo de nuestra situación. Y tenemos que ser capaces de ver lo positivo, porque, si fuera verdad que todo está mal, no tendríamos remedio. Para que este análisis sea cristiano, es decir humanizador desde el paradigma de Jesús, tenemos que explicitar las actitudes desde las que lo llevamos a cabo: desde dentro, desde abajo, con un enfoque constructivo, incluyente, por las buenas, y de modo que todos seamos sujetos en interacción simbiótica.

Al analizar la situación no podemos restringirnos a nuestro país, porque la globalización y la simultaneidad virtual nos atañen también a nosotros, no sólo como receptores sino también como sujetos, aunque los que comandan hoy esta figura histórica son las corporaciones globalizadas y los grandes financistas. Por eso no existe democracia en ningún país. En nuestro país el principal problema es que no existe Estado, ya que el gobierno sólo se ocupa de perpetuarse en el poder y desde él obtener ganancias casi ilimitadas, hoy, sobre todo, por la minería en el arco de Guayana. Por eso, el deterioro de todos los servicios, la ruptura de la cadena de producción y la dedicación de la mayoría a subsistir. Como la mayoría no ve futuro, sobre todo los jóvenes, han emigrado siete millones y siguen saliendo. Lo que queda de empresa privada es en buena medida porque los trabajadores la han defendido y los empresarios los han tenido en cuenta. Urge estimular este tipo de empresas, sobre todo las que tienen ventajas competitivas y las indispensables para recomponer la cadena de producción. Sin embargo, en esta situación se da el milagro de bastantes que, no teniendo cómo vivir, no se dedican a sobrevivir sino que viven, conviven y hasta dan de su pobreza. Esto ocurre en los barrios y en profesionales, por ejemplo, de la educación y salud, que, viendo que su servicio es más necesario que nunca, se esmeran en su trabajo, aunque no ganen para vivir. Los mismo podemos decir de muchos emprendedores. En la alternativa superadora tenemos que caber todos como sujetos deliberantes con libertad liberada. Contribuir a que se forme una masa crítica de estos sujetos es lo más decisivo y el principal aporte del cristianismo, si vive en seguimiento de Jesús. Estos sujetos tienen que organizarse en multitud de asociaciones y organizaciones, que procedan siempre desde la deliberación. Estas comunidades e instituciones tienen que enredarse, tanto a nivel local como global. Y tienen que propiciar vocaciones políticas para que el Estado propicie todo este proceso. Apoyado en este cuerpo social, el gobierno puede poner en su lugar, que lo tiene, tanto a las corporaciones globalizadas y los grandes financistas, como a los populistas, como a los que se aferran por la fuerza (ejército y policía) en el poder. Estos cuatro pasos son indispensables para que se dé una alternativa superadora.

Palabras clave: actitudes humanizadoras, globalización, distinción entre gobierno y Estado, libertad liberada, deliberación, redes, cuerpo social, democracia

¹ Jesuita venezolano de origen español. Licenciado en Letras y Filosofía en la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas y la Universidad Católica de Quito. Doctor en Teología en la Universidad Pontificia Comillas. Miembro del Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela. Profesor ordinario de Teología y director del Departamento de Investigaciones en el ITER (Instituto de Teología para Religiosos), asociado a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma y a la Facultad de Teología de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Ha participado como experto en el Concilio Plenario Venezolano (2000-2005) y es uno de los teólogos latinoamericanos más reconocidos. Vive en una zona popular y acompaña a comunidades cristianas populares. Ha escrito numerosas obras individuales y en coautoría.

The model of the Church proposed by the Plenary Council of Venezuela for our times in the light of synodality

Abstract

The first point we want to emphasize is that a truly transformative alternative can only be achieved by starting from the current situation: only by optimizing what is good can we overcome what is bad. Therefore, we must begin by taking responsibility for our situation. And we must be able to see the positive, because if it were true that everything is wrong, there would be no solution. For this analysis to be Christian, that is, humanizing from the perspective of Jesus, we must make explicit the attitudes from which we carry it out: from within, from the ground up, with a constructive, inclusive, and positive approach, and in such a way that we are all subjects in symbiotic interaction.

When analyzing the situation, we cannot restrict ourselves to our own country, because globalization and virtual simultaneity also concern us, not only as recipients but also as subjects, even though those who control this historical figure today are globalized corporations and major financiers. That is why there is no democracy in any country. In our country the main problem is that there is no State, since the government is only concerned with perpetuating itself in power and from there obtaining almost unlimited profits, today, above all, from mining in the Guayana arc. This explains the deterioration of all services, the breakdown of the production chain, and the fact that most people are focused on mere survival. Since most see no future, especially young people, seven million have emigrated and continue to do so. What remains of private enterprise is largely due to the workers' defense and the consideration given to them by employers. It is urgent to stimulate these types of businesses, especially those with competitive advantages and those essential for rebuilding the production chain. However, in this situation, a miracle occurs: many, lacking the means to live, do not merely survive but truly live, coexist, and even share their poverty. This happens in poor neighborhoods and among professionals, for example, in education and healthcare, who, seeing that their service is more necessary than ever, dedicate themselves to their work, even if they don't earn enough to live on. The same can be said of many entrepreneurs. In this improved alternative, we must all fit in as deliberative subjects with liberated freedom. Contributing to the formation of a critical mass of these individuals is the most decisive and principal contribution of Christianity, if it lives in the footsteps of Jesus. These individuals must organize themselves into a multitude of associations and organizations, always proceeding through deliberation. These communities and institutions must become interconnected, both locally and globally. And they must foster political vocations so that the State can facilitate this entire process. Supported by this social body, the government can put in their place—and it is their place—globalized corporations and major financiers, as well as populists and those who cling to power by force (the army and police). These four steps are indispensable for a superior alternative to emerge.

Keywords: humanizing attitudes, globalization, distinction between government and state, liberated freedom, deliberation, networks, social body, democracy

Índice

Planteamiento del tema “para nuestros días”	121
El Concilio Plenario reconoce, especifica y califica el cambio actual de época	125
La cultura global es contraria al Evangelio	127
La misión actual de la Iglesia es hacer presente al Jesús del Evangelio	129
Lo que más atenta a nuestra condición humana y cristiana es que hoy no existe el “para siempre”	130
El documento insiste en que la opción cristiana es para siempre	131
La necesaria consistencia personal se alcanza al recibir la relación de Jesús y corresponder viviendo como hermanos suyos y de los demás.....	132
Por eso la catequesis debe ser, sobre todo, del Evangelio y debe promoverse su lectura orante	135
La común unión que se da en el seguimiento compartido de Jesús	139
El “nosotros” que supera radicalmente al individualismo es la fraternidad	140
Esta fraternidad se expresa como comunidad abierta	142
Reinado: relaciones de hijos y hermanos; y reino: ese mundo definitivo de relaciones	144
Comunidades personalizadas, la forma que toma la sinodalidad	145
Conversión eclesiológica.....	146
Bibliografía.....	148
<i>a. Bibliografía citada.....</i>	<i>149</i>

Pedro Trigo, S.J.

Planteamiento del tema “para nuestros días”

Antes de responder al tema que me indicaron quisiera hacer un apunte breve, pero que juzgo decisivo, respecto de lo que significa hoy en concreto “para nuestros días”. Es lo que podemos llamar el discernimiento de los signos de los tiempos para hacernos cargo de lo que nos pide el Dios de Jesús y Jesús de Nazaret en este momento que nos toca vivir. De este discernimiento saldrá la propuesta que les voy a proponer.

Está pasando, sustancialmente ya ha pasado, aunque muchos no se hacen cargo, la época que comenzó con la división de trabajo y el nacimiento de las ciudades, naciones e imperios a causa de la invención de la agricultura, la ganadería, el trabajo con la madera, con la arcilla y con la piedra y el laboreo de los metales. Una época que comenzó unos diez mil años antes de Cristo, aunque algunos lo remontan hasta treinta mil.

Los inventos actuales, sobre todo a través de la cibernética y de la inteligencia artificial, permiten la conexión en tiempo real entre personas que están en polos opuestos de la tierra; por eso, como las conexiones son totales, se hacen negocios a nivel mundial, también las noticias llegan en tiempo real; pero también el poder pretende poner todo en función de él. Se ha llegado a la escala mundial, aunque las luchas de poder ponen barreras artificiales, que en realidad son sólo de los de abajo respecto de los de arriba (las migraciones del tercer mundo al primero), ya que éstos pretenden no tener barreras para sus intereses y pretensiones. Ni la tierra es barrera y por eso se ha salido de ella: no sólo se la ha orbitado, sino que se ha caminado en la luna y se han extraído elementos de ella y se espera hacer lo mismo en marte. Y ya se está esbozando el plan para traer recursos de allí.

Para los de arriba, sean los políticos de las grandes potencias, sean los propietarios, gerentes y financistas de las grandes corporaciones, no existe sino el presente que se agranda indefinidamente, un presente que ellos pretenden determinar; aunque ideológicamente los medios masivos, controlados por ellos, insistan en que sólo existen individuos que se trazan individualmente su camino y su destino, lo que ellos entienden restrictivamente como que cada quien elige lo que quiere del menú que ellos le ofrecen.

Pedro Trigo, S.J.

El caso más drástico de cómo este presentismo negador de la realidad puede llevar al colapso de la vida en el planeta es la declaración de la comisión de “Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América” (noviembre 2025): “Rechazamos las desastrosas ideologías del "cambio climático" y el "cero neto" que tanto han perjudicado a Europa, amenazan a Estados Unidos y subsidian a nuestros adversarios”. Es la comprobación de que la absolutización del sistema actual de ganancias lleva a la pérdida absoluta de sentido de la realidad, tomando la constatación científica incuestionada sobre el peligro de la vida en el planeta y la necesidad consiguiente de que se paren las emisiones de gas carbónico como mera ideología de otros países, para atentar contra sus intereses.

Ahora bien, aquí viene el punto decisivo, como no existe sino el presente, no tienen ningún sentido propuestas que involucren decisiones que sean “para siempre”. Por eso va desapareciendo del horizonte el matrimonio indisoluble, es decir, para toda la vida. Por eso va desapareciendo también la natalidad: estiman que vivir para los hijos es dedicarse a ellos y cercenar su dedicación a su propio presente. Por eso va desapareciendo tan aceleradamente la Vida Consagrada que tiene votos perpetuos. Y, sobre todo, porque esto es para nosotros lo más preocupante, por eso es cada vez más difícil de aceptar, incluso de concebir, el entregarse a Dios y a Jesús de todo corazón y para siempre y vivir en todos los ámbitos desde esa relación fundante, que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos, que es en lo que consiste ser cristiano.

Aunque no sea el modo como se conciben a sí mismos muchos cristianos, moldeados por una institución eclesiástica adaptada al presente o por atenerse a su condición de miembros de diversos conjuntos configurados por el orden actual, como se atienen en el ámbito religioso a lo que prescribe la institución eclesiástica. Pero, insisto, recibir la fraternidad de Jesús y desde ella vivir como hijos de Dios en el Hijo y como hermanos de todos en el Hermano universal es la entraña insustituible del cristianismo.

Así pues, en el orden establecido actual no tiene cabida la propuesta cristiana de fondo, que es para lo que existe la Iglesia: vivir en Jesús para siempre, no sólo en esta vida, sino para toda la eternidad, como hijas e hijos de Dios en el Hijo y como hermanas

Pedro Trigo, S.J.

y hermanos de todos en el Hermano universal. Esto, que para nosotros es todo, es lo que está en juego en esta época, porque los que la configuran con su poder lo desconocen y en la práctica lo niegan.

Esta novedad tan deletérea, el presentismo, que excluye las decisiones para siempre, es, pues, lo que debe estar en el fondo de nuestras consideraciones y propuestas. Es lo que tenemos que afrontar con todo nuestro ser, si en realidad nuestra identidad está configurada por estas relaciones escatológicas: aceptar la fraternidad de Jesús y vivir desde ella como hijos en el Hijo y como hermanos de todos en el Hermano universal en todos los ámbitos de la vida y para siempre. Esto es lo que vivimos en la Iglesia, si vivimos como Dios quiere, tanto nosotros como cristianos, como en cuanto integrantes de la institución eclesial.

Si para nosotros esas relaciones son supremamente humanizadoras, si son las que nos ponen a valer, si las queremos actuar incondicionalmente, nuestra consideración del Concilio Plenario Venezolano, para que haga justicia a lo que nos pide hoy Jesús y el Dios de Jesús, debe centrarse en lo que nos propone que es indispensable para nosotros hoy como cristianos. Gracias a Dios, sí nos propone. Por tanto, podemos celebrar consecuentemente con alegría los 20 años de su clausura y los 25 de su comienzo.

En principio, para afrontar esta situación que nos toca vivir, creo que hay dos acciones indispensables y continuas, que además son complementarias entre sí: adensar el sujeto que somos y contribuir a que se adensen los demás, para que tengamos libertad, es decir, determinación y capacidad, para vivir de esas dos relaciones, elegidas para siempre, en un tiempo en que sólo existe el hoy. Y complementariamente adensar también las relaciones de hijos de Dios y de hermanos de todos en Jesús de Nazaret, ante todo con los que nos definimos por esas relaciones, con los hermanos discípulos y seguidores de Jesús y, desde esas relaciones, las de hermanos de todos. Hay que decir que esas relaciones, si las vivimos desde nuestro yo más auténtico, es lo que nos adensa más y más genuinamente como sujetos sólidos.

Empecemos nuestro análisis del documento para comprobar cómo tiene en cuenta efectivamente nuestra propuesta.

Pedro Trigo, S.J.



El Concilio Plenario reconoce, especifica y califica el cambio actual de época

Ante todo, el documento² reconoce que el cambio es tan radical que está naciendo una nueva época. Habla de “los cambios acelerados de nuestra época” (8°32). Del cambio de época (11°149, 166; Instituto Nacional de Pastoral), “del profundo cambio de época y las situaciones que estamos viviendo” (67). Dicen que han tomado nota del cambio y sus repercusiones: “hemos tomado en cuenta el cambio de época en que vivimos. Las nuevas circunstancias están impactando fuertemente a las personas, sus modos de relacionarse, sus costumbres y sus referencias fundamentales” (11°5).

Y asientan que el cambio está marcado por la globalización: “La actual situación de cambio de época que caracteriza al universo cultural de la mayor parte de los habitantes de nuestro país, especialmente en las grandes ciudades, está marcada por el fenómeno de la globalización” (11°7). “La realidad del país se inscribe en un marco mundial de globalización e interdependencia, que no es sólo de ampliación y aceleración de los cambios, sino, sobre todo, un cambio de época, debido al alcance y a la profundidad de las transformaciones y mutaciones (13°36). Esta nueva cultura tiene una influencia avasalladora: “Prestar una atención especial a la influencia avasalladora de la cultura emergente, con sus constantes y rápidos cambios” (130).

Explana sus efectos negativos, sobre todo en los jóvenes: “Sentimos, también, los embates de la mundialización, que es un fenómeno extremadamente dinámico y compulsivo, la cual, al estar centrada en el mercado, ha entronizado la cultura del consumo y de la competencia, estimulada sin cesar por los medios de comunicación social, condicionando y moldeando, en buena medida, la vida de los jóvenes venezolanos” (8°6). “Muchos jóvenes rehuyen las responsabilidades y los compromisos duraderos y se dejan arrastrar por la superficialidad y el facilismo al afrontar la realidad de cada día” (8°14).

Esta situación constituye un desafío que tenemos que afrontar: “La cultura emergente (avance científico-técnico e informático, globalización, urbanización, nueva

² Concilio Plenario de Venezuela, Documentos conciliares. Conferencia Episcopal Venezolana, Caracas 2006. A lo largo de este artículo aparecen citados los números de los documentos con sus respectivos numerales. Para más información revisar el documento original.

Pedro Trigo, S.J.

religiosidad, secularismo), constituye un desafío ante el que no podemos permanecer indiferentes” (15).

Subraya la creciente desigualdad que induce: “La globalización de la economía produce la globalización de la injusticia social. Son evidentes las inmensas deficiencias y desigualdades en las oportunidades que tienen personas e instituciones sociales en este ámbito” (28).

Si para nosotros la calidad humana es lo absoluto, esta calidad humana está radicalmente amenazada en esta época globalizada: “Se están dando profundos procesos de deshumanización. Muchas personas absolutizan el tener, el poder y el placer, sacrificando dimensiones fundamentales de la persona humana. Se tiende a mercantilizar las relaciones humanas y a encerrarse en los propios intereses” (29).

En esta época se han aumentado exponencialmente las posibilidades: Nunca antes había experimentado el ser humano tan fuertemente su capacidad de transformación del mundo y de sí mismo: “hoy el ser humano se encuentra en una nueva era de su historia, caracterizada por la expansión a nivel mundial de cambios rápidos y profundos. Estos cambios, nacidos de la inteligencia y el trabajo creador, recaen sobre el mismo hombre y sus acciones” (13°74)

Es cierto que esta época trae grandes posibilidades, pero, tal como está configurada, no son para todos, sino para unos pocos: “La globalización económica, al mismo tiempo que ofrece posibilidades, conlleva graves problemas: el desempleo, el deterioro y disminución de los servicios públicos, la destrucción del ambiente; el aumento de la brecha entre ricos y pobres y la competencia desigual entre naciones ricas y naciones pobres (Cf. EA 20). Se trata de nuevas situaciones de injusticia” (52).

Esta imposición se hace constante y global y se normaliza mediante los medios de comunicación, que controlan mayoritariamente los de arriba: “los Medios de Comunicación Social, que se han convertido en el principal vehículo de ideas y mensajes (...) Lo que la gente “consume” tiene poco que ver con los valores del

Pedro Trigo, S.J.

Evangelio y con una propuesta de vida cristiana. Más aún, con frecuencia es netamente contrario al Evangelio” (46).

La cultura global es contraria al Evangelio

El documento insiste en este punto: en que la cultura global es contraria al Evangelio: “una suerte de globalización cultural, puesta al servicio de intereses ajenos al auténtico desarrollo de la persona, que impone visiones de la realidad y formas de vida totalmente opuestas a la experiencia de los valores evangélicos (Cf. EA 20)” (53).

Para que no se note esta inhumanidad, esta época compartamentaliza los diversos ámbitos de la vida; no se hace cargo que debemos asumirlos todos desde nuestra responsabilidad personal. Y eso hace que se viva la religión como una esfera separada, que no afecta al modo de vivir en los demás ámbitos: “el pensamiento dominante en esta nueva época, según el cual cada nivel de la realidad es autónomo, con la consecuente fragmentación que ello ha traído en la realidad social, ha favorecido el que muchos cristianos de hoy conciban su fe como un cumplimiento de determinados ritos o actividades de corte religioso, sin mayor preocupación por las exigencias que lleva consigo el Evangelio en todos los ámbitos de la vida” (11°9).

En este sentido de relegar a Dios al departamento de lo religioso podemos decir que hoy vivimos “en un mundo que tiende a construirse al margen de Dios” (5°113).

Concretamente se afirma que esa situación le afecta sobre todo al laico: “el laico venezolano está inmerso en una sociedad que ha experimentado un cambio histórico-cultural profundo, provocando una crisis de valores ético-morales, y la consiguiente crisis en el ámbito familiar, laboral, social, político, económico, así como en la vivencia de una fe no comprometida y la superficialidad en el obrar humano. Crecen la deshumanización de la persona y de las estructuras, la pobreza, la injusticia social, el desempleo, la economía informal, la violencia y los ataques a la vida. Se promueven la anticultura de la muerte, una sexualidad irresponsable y permisiva y un hedonismo exacerbado” (7°52); y como el otro polo no superador de todo esto, anotan que “Un

Pedro Trigo, S.J.

rasgo del mundo de hoy, que preocupa a la Iglesia, es el crecimiento del fundamentalismo en diversos órdenes y dimensiones de la vida” (11º92).

Pedro Trigo, S.J.

La misión actual de la Iglesia es hacer presente al Jesús del Evangelio

Habiéndose hecho cargo de todo esto, el concilio proclama que “la Iglesia que peregrina en Venezuela quiere renovar, con responsabilidad y valentía, su misión de anunciar, con palabras y obras, a Jesucristo, en las circunstancias concretas en las que ahora vive. Este es uno de los objetivos principales del Concilio Plenario” (4). Así pues, se trata de anunciar a Jesús de Nazaret y de anunciarlo hoy. Y para hacerlo congruentemente, tiene que discernir los signos de los tiempos: “el anuncio que la Iglesia hace del Evangelio es profético cuando lleva a escuchar y descubrir a Dios en la realidad de cada tiempo y lugar, es decir, cuando es situado. Como pueblo profético, la Iglesia debe discernir, en los signos de los tiempos, lo que Dios quiere y lo que se opone a su voluntad; descubrir “los signos verdaderos de la presencia o de los designios de Dios” (GS 11)” (3).

Por eso asientan que: “Es indispensable que la luz y el calor del Evangelio iluminen y juzguen estas situaciones, amenazas y perspectivas que sintetizamos como el “hoy” de Venezuela, porque en este contexto se reduce el espacio para lo trascendente, para el Dios de Jesucristo, para la acción del Espíritu y para que puedan desarrollarse los hijos de Dios” (66).

Pedro Trigo, S.J.

Lo que más atenta a nuestra condición humana y cristiana es que hoy no existe el “para siempre”

Queremos recalcar, porque nos parece lo que hoy marca la diferencia, entre, por una parte, lo que son las relaciones que practica y promueve el orden establecido que son hasta que a cada individuo le convenga, y, por otra, las relaciones humanas que nos constituyen, desde la relación continua de amor de Dios que nos crea, que nos constituye en seres humanos, hasta la relación incondicional y para siempre de su Hijo único y eterno Jesús que se hace nuestro Hermano hasta el punto del llevarnos realmente en su corazón. El documento insiste una y otra vez en el para siempre de las relaciones que nos constituyen en seres con calidad humana.

Ante todo, asienta que escribe teniendo en cuenta que un rasgo de la cultura de hoy es “la dificultad en las entregas para siempre” (5°42), de valorar poco “la fidelidad para siempre” (5°82;96), de centrarse en lo inmediato (8°29). Escribe: “Ante la tendencia mundial de valorar poco el compromiso apostólico, la fidelidad para siempre y la radicalidad” (5°96). “Los hombres y mujeres de este tiempo experimentan dificultades para los compromisos de por vida” (5°19). Esta tendencia se señala especialmente entre los jóvenes: “la dificultad entre los jóvenes para comprometerse en proyectos de vida a largo plazo” (5°23).

Pedro Trigo, S.J.

El documento insiste en que la opción cristiana es para siempre

La posibilidad de enfrentar superadoramente esta situación está fundada en que “Dios siempre da fuerzas para enfrentar las situaciones” (6°24). Por eso el documento propone “ser exigentes a la hora de proponer compromisos estables desde el espíritu de las Bienaventuranzas” (5°89). También propone fomentar “una decidida cultura vocacional que valore y sirva de soporte para las llamadas y entregas definitivas a Dios” (55°103).

Este para siempre caracteriza, según el documento, tanto a la vida Consagrada: “un día fueron aceptados definitivamente al servicio de un carisma, admitidos por la Iglesia como consagrados/as, para siempre” (5°3); como al presbítero: “entregarse para siempre al servicio de la Iglesia como sacerdote” (8°180); como al matrimonio: “La alianza matrimonial, aunque presenta dificultades para mantenerse, está fundada en la capacidad que tiene el amor para perdonar, cambiar el corazón y lograr por fin la fidelidad. Es un misterio, porque simboliza la decisión irrevocable de Dios de sellar en Jesucristo una alianza eterna con la humanidad, de modo que Él sea para siempre nuestro Dios y nosotros su pueblo” (6°38). Aunque hay que decir que sólo la simboliza porque el matrimonio es para toda la vida y la alianza de Dios en Jesús de Nazaret es eterna. Y a ella hemos sido convocados todos: hasta ahí llega el para siempre al que somos destinados por Dios, en contraposición al presentismo actual. Por eso forma parte de la misión de la familia “llevar a los padres a trascender su instalación en el presente, por amor a quienes representan el futuro” (6°39)

También la Iglesia, ejerciendo su función profética, debe tener una presencia y propuesta alternativa respecto del establecimiento en el hoy que propugna el orden establecido: “redescubrimiento de la dimensión escatológica de la presencia de la Iglesia hoy y su consecuente profecía respecto de todo establecimiento en el aquí y en el ya” (13°70).

Comento que me ha impresionado que el Concilio Plenario tematicé tan profusamente la contraposición entre el para siempre, que caracteriza a la propuesta

Pedro Trigo, S.J.

cristiana, y el hoy que se expande hasta que les convenga, que define a la propuesta establecida en esta época que nace.

La necesaria consistencia personal se alcanza al recibir la relación de Jesús y corresponder viviendo como hermanos suyos y de los demás

Ahora bien, para que estas relaciones que nos constituyen puedan perdurar se necesita que los sujetos sean consistentes. El documento afirma que sí existen: “Numerosos cristianos son testigos de la fe y del sentido de la vida cristiana. Tienen una actuación que refleja coherencia entre su modo de actuar y pensar según las enseñanzas del Evangelio. Con mucha frecuencia se trata de gente muy sencilla que se ha encontrado con el Señor y demuestra en su vida una gran fe, mucha esperanza y un generoso amor hacia los demás” (18).

Para el documento, como hemos visto en esta cita, la solvencia personal se alcanza al afincarse en la relación con Jesús de Nazaret y con los demás. Ésa era su intención y el efecto que causaba Jesús en el que se le abría: “Jesús, hablara a una persona, a un grupo o a multitudes, lo hacía siempre personalizando, porque daba que pensar, porque se dirigía al corazón de las personas, y llamaba a asumir responsabilidades” (14°80). Esto, que es el núcleo del cristianismo, lo desarrolla el documento muy detalladamente.

Ante todo, explana la misión de Jesús que conlleva nuestra humanización: “Jesús nos revela a la vez a Dios y a nosotros mismos (Cf. GS 22.38-39.45)”. “Jesús, el que inicia y consume nuestra fe” (Hb 12,2), al aceptar la relación filial con Dios y corresponderle como Hijo, al vivir con una libertad y plenitud humana inigualables, revela a Dios como el Dios de la vida, como la fuente de la humanización” (70). “Según el Nuevo Testamento, Jesús es el hombre nuevo, el nuevo Adán, modelo de humanidad. Como Verbo Encarnado es la plenitud del hombre y medida de toda conducta moral (Cf. SD 231). “Jesús es paradigma de toda actitud personal y social” (SD 254). “El que sigue a Jesucristo, hombre perfecto, se perfecciona en su ser de hombre” (GS 41)” (75). Así pues, siguiendo a Jesús, el ser humano cabal, llegamos a ser seres humanos con calidad humana.

Pedro Trigo, S.J.

El concilio nos explica en qué consiste el seguimiento, algo que puede parecer obvio, pero que no podemos dar por sobrentendido en la percepción de muchos cristianos, incluso presbíteros: “La fe cristiana es recreación de la práctica liberadora de Jesús en diferentes lugares, tiempos y culturas. Se trata de hacer, aquí y ahora, cosas semejantes a las que hizo Jesús: entrar en la intimidad de Dios; anunciar que las cosas pueden cambiar si nos dejamos ayudar por Él” (79). Así pues, seguir a Jesús no es imitarlo, sino hacer en nuestra situación el equivalente de lo que él hizo en la suya. Y sin embargo en dos números se afirma que hay que imitar a Cristo y a María (7°110,111). Habría que sustituirlo por seguir.

Ahora bien, nosotros desde nosotros mismos, no tenemos capacidad para ello. Por eso para capacitarnos nos envió su Espíritu: “Jesús nos envía su Espíritu para que escuchemos su mensaje, lo actualicemos y pongamos en práctica (Cf. Jn 16,13). El Espíritu nos capacita para seguirle en fidelidad creadora” (80).

¿Y qué hizo Jesús? Desde su encarnación en su cultura, proponer y construir mediante relaciones el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios: “Él se encarna en la humanidad como un ser humano dentro de una cultura, la judía. De esa vivencia cultural, trascendida en su relación con el Padre, sacará su predicación y ministerio centrados en el Evangelio del Reino: el mundo fraterno de los hijos e hijas de Dios (13°60).

Para eso existe el pueblo de Dios: “tiende a lo definitivo, a lo escatológico y, por lo tanto, es un pueblo peregrino, humilde y servicial que existe para cumplir la misión de entregar la vida, palabra y obra de Jesucristo, redentor de la humanidad y liberador de toda esclavitud de pecado” (2°47). “El Pueblo de Dios se constituye en esta fraternidad mutua, porque de lo contrario, la Iglesia será una simple estructura institucional. Una relación fraterna, entre hermanos que comparten la responsabilidad de la vida, de la historia, desde la fe en Jesucristo, lleva a ser más coherentes a los hijos en el Hijo y a una más profunda docilidad al Espíritu divino; por lo tanto, la relación fraterna que se vive como Iglesia y que la hace ser Iglesia, es la relación entre hermanos, entre iguales, y mutua” (2°49).

Pedro Trigo, S.J.

Sólo viviendo en comunión la Iglesia es verdadero testimonio de Cristo. “En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros” (Jn 13, 35). De ahí, la recomendación del Papa a que la inspiración para toda programación pastoral sea el Mandamiento Nuevo del Amor. La caridad es verdaderamente el “corazón” de la Iglesia (Cf. NMI 42). Pero la caridad tiene concreciones indispensables: “La comunión no se logra sino en la vivencia de la fraternidad (ibid. 49) que abre el campo de la misericordia y el perdón, elementos esenciales para la comunión de la vida de la Iglesia” (7°84).

Esta renovación no puede llevarse a cabo de modo meramente institucionalista; debe incluir a todos los bautizados; “La renovación de cualquier instancia u organismo eclesial debe realizarse, desde el inicio, contando con todos los bautizados, convocando siempre a todos y de forma sistemática, ya que Dios está presente en su pueblo y el Espíritu actúa en él y lo conduce al Evangelio. (11°86).

Y no sólo a los bautizados sino a la sociedad. Por eso propone: “Crear espacios abiertos de cooperación recíproca, en la Iglesia y en la sociedad, a toda persona de buena voluntad, sea o no creyente, para que, según su condición, también puedan encontrar a Cristo, siempre presente en una comunidad viva” (7°133).

Por eso la condición para enfrentar coherentemente los retos de cada cultura y cada tiempo es la asimilación de Jesús de Nazaret: “Cada generación de cristianos tiene ante sí los retos propios de su tiempo y cada cristiano tiene que enfrentar dichos retos, asumiendo, en primer término, su propia cristificación” (7°99).

Ahora bien, esa encarnación en una sociedad de pecado tiene un costo que hay que pagar, si se quiere ser fiel: “Siguiendo a su Señor, el laico ha de encarnarse solidariamente en la humanidad en la que le ha tocado vivir. Pero esa solidaridad le impide dar por bueno lo que existe y acomodarse sin más a la situación. Le reclama transformarla según el designio de Dios, que es la construcción del mundo fraterno de los hijos e hijas de Dios. Esta es la tensión del laico, a quien se le ha encomendado ser levadura dentro de la masa. Pero como se tiene oprimida la verdad con la injusticia (Cf.

Pedro Trigo, S.J.

Rm 1, 18), muchos lo verán mal e incluso lo perseguirán y así participará de la pasión de Jesucristo, cargando con Él el pecado del mundo” (7°91).

Como se ve, sin utilizar esa palabra, estos textos son la expresión más cualificada de la sinodalidad: caminar juntos, específicamente como hermanas y hermanos en Jesús de Nazaret que, al llevarnos a todos en su corazón fraterno, nos hermana.

Por eso la catequesis debe ser, sobre todo, del Evangelio y debe promoverse su lectura orante

Por eso es fundamental la catequesis, si la entendemos como el proceso de dar a conocer a Jesús hasta que el catequizando llegue a optar por él: “dar prioridad a la catequesis como proceso de iniciación y maduración de la fe, ante todo de los adultos, para que puedan hacer su opción personal por Cristo” (4°105;3.2.1.). “Catequizar es mucho más que enseñar una doctrina; es dar testimonio de la persona de Jesús, para que el catequizando lo busque, lo encuentre, lo siga” (4°52;66). Es tarea de la catequesis “inculcar en los discípulos las actitudes propias del Maestro” (4°78). En eso tendría que consistir el proceso de iniciación en el cristianismo, más necesario que nunca, por la incompatibilidad del orden establecido con el cristianismo genuino; pero desgraciadamente ausente en la mayoría de las parroquias, y en bastantes donde que se hace se lleva a cabo de un modo fundamentalista, incompatible con el seguimiento de Jesús de Nazaret.

No puede ser más claro y contundente el Concilio Plenario. Y sin embargo, todavía hoy casi toda la catequesis se reduce a inculcar doctrinas y a prescribir la observancia de mandamientos y ritos, además del aprendizaje de oraciones. El Concilio Plenario asegura que “Este tipo de catecismo de preguntas y respuestas llegó hasta el Vaticano II, cuando la Palabra de Dios recupera su espacio en la vida cristiana” (4°1;2.2.1). Esto aconteció, ciertamente, en minorías; pero no cambió a la larga la catequesis. Por eso insiste en “una catequesis más fundamentada en la Palabra de Dios” (4°37;53). Ésta es, dice, una misión ineludible del obispo. Por eso pide su “intervención directa en la transmisión del Evangelio a los fieles” (4°99). Ahora bien, para eso se requiere una gran solidez en los catequistas: “esta solidez personal se necesita para ser catequista y no son

Pedro Trigo, S.J.

pocos los que cumplen este requerimiento: “Posee una justa autoestima, espíritu de responsabilidad y sensibilidad social” (4°86).

Ahora bien, la transmisión viva del Evangelio no se da sólo en la catequesis sino en la lectura orante del evangelio, tanto personal como comunitaria: “El nacimiento de la pastoral bíblica, la difusión del texto sagrado y la lectura orante (Lectio Divina), son factores que despiertan la conciencia de que la Palabra de Dios es la primera fuente de la formación del cristiano, pues es Dios mismo el que educa a su pueblo” (4°38;61). Por eso propone: “estimular y practicar la oración y la lectura diaria de la Palabra de Dios como fuente de conversión y compromiso” (3°126). Ellos son, nada menos que “medios para el encuentro y experiencia de Dios, desde la lectura orante de la Palabra y de la vida” (5°114).

Desgraciadamente ni la oración personal de los evangelios, ni la lectura orante comunitaria de ellos da el tono a la vida de los cristianos ni de la institución eclesiástica y ni siquiera podemos decir que se lo propone sistemáticamente. Es cierto que esa lectura entraña la dificultad de llegar a hacerse cargo de lo que significan los textos en la situación en que sucedió lo que narran, para poder hacer nosotros lo equivalente en la nuestra; pero también lo es que para no pocos eclesiásticos no centrarse en el evangelio deriva de que su contemplación descentra radicalmente, poniendo a Jesús de Nazaret en el centro y situándose uno como discípulo y seguidor. Y, sin embargo, insiste el Concilio Plenario, “el Señor Resucitado llama a predicar la Palabra que puede ser recibida en toda cultura” (6°29). Y obviamente el requisito es que sea previamente contemplada discipularmente.

Esto lo aplica concretamente a los jóvenes: “Para que los jóvenes crezcan como cristianos, es indispensable que conozcan y se encuentren con Jesucristo” (8°40). “Él es el amigo con quien se puede contar, con quien compartir, del que se puede fiar. Sin el descubrimiento de esta posibilidad y sin la vivencia de esta cercanía, la figura de Jesucristo no fecunda la vida de los jóvenes” (8°41).

Y también al pueblo: “Recuperar en el ámbito católico, en todo el proceso de iniciación cristiana y en toda la vida, la lectura orante de la Biblia, que lleve a la

Pedro Trigo, S.J.

adhesión de corazón y a la entrega vital a la persona y mensaje de Jesucristo, multiplicar los esfuerzos por entregar la Biblia al pueblo, como medio privilegiado de avanzar en esta dirección” (106).

La religiosidad popular es fruto de la inculturación del cristianismo en su cultura. Pero en el cristianismo que ellos asumieron no estaba el Evangelio como el núcleo que dinamizaba y concretaba todo. Por eso “Hay que enriquecer, siempre más, esta religiosidad con el mensaje del Evangelio” (93). Esta entrega requiere la inserción en él de los agentes pastorales: “Promover la inserción de los agentes de pastoral en la vida del pueblo (...) e insertar en su matriz, como novedad histórica, la palabra viva de los Evangelios” (135).

Hay cristianos que basan su aporte a la sociedad en ese contacto íntimo con la Palabra: “Algunos sectores de la comunidad cristiana se sienten portadores del mensaje de salvación para las personas y para la construcción de una Venezuela mejor. Están conscientes de su deber de aportar una visión del hombre y de la sociedad, basada en la palabra del Señor, abierta a la esperanza del Reino de Dios, que está llamada a tener incidencia en la vida personal y en las estructuras sociales” (7).

En síntesis, “Todos debemos abrirnos constantemente, como Pueblo de Dios que somos, a un renovado encuentro con Jesucristo que nos lleve a la conversión y al testimonio de vida” (3.2.1.1.). Ésta tiene que ser siempre la prioridad: “dar absoluta prioridad a la proclamación de la Buena Noticia de Jesucristo, el enviado del Padre, y fomentar que todo cristiano “se encuentre con Él”, “se entregue a Él” y “le siga”, como el criterio de renovación” (151).

Este encuentro también se da cuando se lo contempla en los empobrecidos: “Animar una espiritualidad encarnada y solidaria que parta de una cercanía íntima con el Señor y de la contemplación de Cristo presente en los empobrecidos (109)

Este encuentro con Jesús, “en quien habita toda la plenitud de la divinidad humanamente” (Col 2,9), que explana el Concilio, trae como resultado “Ser expertos en humanidad desde las diversas tareas que se realizan” (5º90).

Pedro Trigo, S.J.



Pedro Trigo, S.J.

La común unión que se da en el seguimiento compartido de Jesús

Este encuentro con Jesús y en Jesús trae la comunión: la común unión que se da en el seguimiento compartido del único Señor, Jesús de Nazaret: “Jesucristo, hermano nuestro, partícipe de nuestras esperanzas y angustias, nos revela al Padre y su amor, desde su singular comunión filial con Él, que desea sea vivida y participada por sus discípulos. Esa comunión entre sus seguidores será el signo de la credibilidad de su misión” (2°32).

Se da en la vida, pasando del individualismo a la comunión: “Descubrir a Dios como Amor y su providencial presencia en los acontecimientos de la vida diaria; hacer del mandamiento nuevo la base de la vida cristiana, reconociendo a Cristo en cada hermano. Trascender una espiritualidad meramente individual hacia una espiritualidad de comunión, que lleve a acoger y valorar al hermano como un regalo de Dios” (7°113).

Ahora bien, esa comunión no se decreta: tienen que construirla todos, cada uno: “La comunión en la vida de la Iglesia no se decreta, sino que se construye. Es todo el Pueblo de Dios el llamado a esta tarea” (2°41).

Ahora bien, la comunión no es comunión de intereses o doctrinas y ritos; es siempre una relación trascendente: “La espiritualidad de la comunión siempre hará referencia al “Otro”: el “Otro” absoluto, Dios, Uno y Trino, y el “otro” peregrino, el hermano, el prójimo, pero también el desconocido, el marginado, el desterrado, el oprimido” (2°42).

Tampoco puede ser nunca una actitud unilateral: hay que dar lugar a los demás y asumir la propia responsabilidad: “espiritualidad de la comunión es saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (Cf. Ga 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias” (Ibid)” (2°42).

Pedro Trigo, S.J.

El “nosotros” que supera radicalmente al individualismo es la fraternidad

Ahora bien, la relación con Jesús lleva ineludiblemente a la relación con los demás porque Jesús nos lleva a todos en su corazón y en él nos encontramos hasta formar un “nosotros”, que supera radicalmente al yoísmo actual: “ese nosotros, base de todo amor y comunión (...) es el misterio que proclama la Iglesia -un misterio hecho de acogida, de condescendencia, de diálogo, de respeto, de esfuerzo, de gozo, de trabajo, de perdón y de esperanza- como horizonte humano y, por ende, muy deseable” (6°40). El amor que Dios derrama en nuestros corazones, la caridad, es lo que causa este nosotros, supremamente humano: “Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve, aun en la sociedad terrena, un nivel de vida más humano” (6°69).

Este nosotros se llama cristianamente fraternidad: “La comunión no se logra sino en la vivencia de la fraternidad” (6° 49) “que abre el campo de la misericordia y el perdón, elementos esenciales para la comunión de la vida de la Iglesia” (6°84). “El modo de hacernos cristianos juntos es sobrellevarnos los unos a los otros en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana” (6°83). Para esta unión hay que buscar lo bueno de cada uno: “Buscar y unir lo bueno de cada persona y grupo para este fin, testimoniando y generando una mayor fraternidad entre todos los que viven en Venezuela” (7°145).

La razón es que la comunión en la Iglesia la inicia Jesús al llevarnos a todos personalmente en su corazón de Hermano incondicional.

Se afirma con alegría que esto se da y no como gueto sino abierto a la sociedad, aunque haya que incrementarlo: “La Iglesia de Venezuela cuenta con muchas personas que viven con entereza y alegría su fe, dan testimonio de una vida acorde con el mensaje del Evangelio, se entregan generosamente a hacer el bien, siendo sal, luz y fermento para una sociedad mejor” (6).

Pedro Trigo, S.J.

Lo afirma más concretamente como propuesta de la vida consagrada: “la vida consagrada debe tener como gran tarea retomar la utopía divina de la fraternidad y confianza mutua” (5°126).

Y lo pide, sobre todo para los laicos: “Descubrir a Dios como Amor y su providencial presencia en los acontecimientos de la vida diaria; hacer del mandamiento nuevo la base de la vida cristiana, reconociendo a Cristo en cada hermano. Trascender una espiritualidad meramente individual hacia una espiritualidad de comunión, que lleve a acoger y valorar al hermano como un regalo de Dios (7°113).

Esto hay que procurarlo especialmente con el que más sufre: “manifestar cercanía y solidaridad con los que más sufren, de manera que puedan sentir esa ayuda como un compartir fraterno” (7°138). Y, algo que repite el documento incesantemente, con el pobre, con el necesitado: “no se puede llegar a una justa valoración de sí mismo sin el descubrimiento del “otro”, del prójimo, especialmente del necesitado” (8°39).

Como se ve, hablar de la fraternidad cristiana es hablar de un modo muy específico de sinodalidad.

Esta fraternidad se expresa como comunidad abierta

El establecimiento de comunidades abiertas que hagan ver a todos que no son una particularidad cerrada, elitista, fundamentalista, sino la expresión embrionaria de que la humanidad, está llamada a concebirse y vivir como comunidad de comunidades, como la comunidad humana, está basada en que el Dios cristiano es comunidad: “Dios es comunidad de amor. En una sociedad individualista debemos recuperar la fe en el Dios trinitario que desafía a construir comunidades y sociedades igualitarias, participativas y respetuosas de las diferencias” (80). Esto es decisivo, porque para la mayoría de los cristianos Dios no es comunidad, sino que se define por el poder de imponerse a las buenas o a las malas, siempre para nuestro bien, pero imponerse, por eso, en ese sentido, la liturgia lo llama abundantemente Todopoderoso. No lo llama comunidad de amor. Ni menos aún, como insiste santo Tomás y repite la *Laudato Si*3 (n° 240), que se constituye por las relaciones; es decir, no es que existe el Padre, el Hijo y el Espíritu y se relacionan: entonces existirían tres dioses. A eso se contrapone la cita de santo Tomás: “las Personas divinas son relaciones subsistentes”4.

Al hacerse Jesús nuestro Hermano, en él llegamos a ser hijas e hijos de Dios en el Hijo y hermanas y hermanos de todos en el Hermano universal. Como se ve, relaciones. Ese es el aporte imprescindible de la Iglesia a la sociedad. Pero para que se dé es indispensable que la Iglesia tome la forma de comunidad de comunidades, siempre abierta.

Ahora bien, el Concilio Plenario reconoce que la sociedad no va por este camino: “Elementos básicos del Evangelio, como el amor, la capacidad de acoger y compartir, se ven contrarrestados y atacados por una nueva “cultura”. La educación se va reduciendo a cualificar para competir” (31). Pero el problema está también la institución eclesial, que, tal como está concebida y vivida por muchos, es muchas veces un gran obstáculo. Por eso se refiere a la: “Persistencia de una mentalidad y práctica clericalistas de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, que ha llevado a que se vea a los agentes de

³ Papa Francisco. Publicada el 18 de junio del 2015

⁴ *Summa Theologiae*, p.I, q.29, a.4

Pedro Trigo, S.J.

pastoral como funcionarios y no como hermanos que construyen con otros la comunidad” (64).

Sin embargo, “El Concilio Vaticano II proclama a la Iglesia como sacramento universal de salvación, es decir, como signo e instrumento de “unión con Dios y unidad de todo el género humano” (LG 1), de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero (Cf. GS 92)”, de “liberación de todo lo que oprime al hombre... sobre todo del pecado y del maligno” (EN 9). “Quien rompa con la humanidad y busque una salvación exclusiva para sí y para los suyos, se opone a los planes de Dios (Cf. 1 Tm 2,4; Ez 18,3; Sb 11,26; Rm 11,32)” (72). Así pues, nos tenemos que concebir y sobre todo tenemos que vivir dentro de la humanidad, solidarios de ella; más concretamente, nos tenemos que concebir como hermanos de todos y ejercer consecuentemente esa fraternidad que incluye a los excluidos.

Pedro Trigo, S.J.

Reinado: relaciones de hijos y hermanos; y reino: ese mundo definitivo de relaciones

En eso consiste el reino de Dios, en el sentido preciso de reinado, que es el evangelio de Jesús que él encomendó a su Iglesia: “El Reino es una nueva manera de vivir y de convivir, un nuevo estado de cosas, una ciudad de hermanos donde Dios es Padre, un mundo gobernado por los criterios y promesas de Dios (amor, misericordia, justicia, paz)” (73).

Repito que no nos podemos encerrar en el ámbito convencional de lo religioso, sino que lo nuestro es proclamar y promover la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, que es en lo que consiste el reinado como camino al reino definitivo: el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, que no se puede dar en este mundo, aunque tenemos que hacer todo lo posible.

Por eso el Concilio Plenario insiste en que “La actividad sacramental y litúrgica debe dirigirse a la transmisión sencilla y progresiva de la fe y a la creación de la vida comunitaria y fraterna” (113). No es algo intimista, ni mucho menos sectario: reducido al grupo. Y por eso nos pide crear “canales de participación para que los fieles laicos sean y se sientan sujetos y protagonistas en la proclamación del Evangelio y no simples receptores o instrumentos pasivos” (115). Y nos recuerda “la llamada para reunir a los hijos dispersos en la familia de Dios, realizando la unión fraterna” (65). Una familia de la que nadie está excluido, ya que Jesús nos lleva a todos en su corazón en el seno de su Padre, y la prueba más irrefutable de esta inclusión de todos es que murió pidiendo perdón por los que lo había condenado y lo estaban torturando.

Pedro Trigo, S.J.

Comunidades personalizadas, la forma que toma la sinodalidad

De una manera complexiva, es decir, teniendo en cuenta los diversos aspectos, tanto de la configuración de las comunidades como de su misión, asienta: “Crear y acompañar comunidades cristianas y comunidades eclesiales de base en las que se anuncie el Evangelio de forma más personalizada, para que su influjo sea más incisivo y sus participantes tengan mayores oportunidades de conocerse, tratarse como hermanos, orar con la Palabra de Dios (lectura orante), compartir bienes, dificultades y compromisos, luchar por una vida más digna, comunicarse con otras comunidades y proyectarse hacia los demás” (141). Un texto que hay que tener en cuenta para la comprensión y promoción de las comunidades cristianas.

Reconoce que algo de eso se va dando: “Algunas parroquias urbanas y suburbanas se están estructurando por sectores, organizándose como comunidad de comunidades. En ellas se gestan propuestas pastorales nuevas y creativas” (21). Pero enfatiza que tenemos que “Establecer de tal modo la vida cristiana de la comunidad que contenga siempre, como dimensión, la introducción progresiva en el misterio cristiano” (117).

Más en general, refiriéndose a las parroquias insiste en fomentar la participación para que todos sean sujetos responsables, cada quien con su carisma: “Multiplicar las formas de participación en las organizaciones eclesiales, de acuerdo a los carismas de cada persona o movimiento (preparación de la liturgia, participación en el área socio-política y en el mundo de la comunicación, consejos parroquiales, atención a los enfermos, apoyo a formas de cooperación, visitas domiciliarias, mensajeros, comunicaciones, carta a los cristianos, ministerios varios, entre otros) para que cada vez sea mayor el número de los que asumen alguna responsabilidad” (143). Hay que tener en cuenta que enumera todos los carismas que hay que tener presentes y componer, haciéndose cargo de que cada quien se dedica a los suyos, pero como connotación no puede olvidar a los demás y muchísimo menos contradecirlos.

Pedro Trigo, S.J.

Conversión eclesiológica

Esta propuesta de Iglesia pueblo de Dios, expresada en el Vaticano II como el sujeto portador del misterio cristiano⁵, no era la tridentina, en la que se institucionalizó, al nacer, la Iglesia venezolana: “La Iglesia en Venezuela quiere vivir el misterio de comunión como “Pueblo de Dios” (Cf. DP 232-237), toda ella servidora y carismática, animada por el Espíritu Santo para cumplir su misión evangelizadora” (2°4). “Esta autocomprensión de la Iglesia implica una conversión eclesiológica, que conlleva la superación de un modo de comprenderse y actuar, con una trayectoria de cinco siglos. (2°5).

Este reconocimiento tan claro y paladino me parece de primer orden y marca la magnitud del cambio y su dificultad y su trascendencia histórica. “En estos últimos años se ha dado un cambio en la vida, organización y actuación eclesial, fruto de asumir – aunque lentamente- lo propuesto por el Concilio Vaticano II. El Concilio Plenario de Venezuela quiere ser una respuesta a esta propuesta de renovación eclesial” (2°9).

Hay que decir que, tanto en su composición, como en el método que asumió, es decir el modo como se fueron desarrollando sus sesiones, como en sus conclusiones, el Concilio Plenario sí fue una superación de la eclesiología tridentina y la asunción consecuente de la de la Lumen Gentium. Más aún, se adelantó al modo de proceder del reciente sínodo mediante grupos de alrededor de veinte personas, que tanto ha sido alabado, y lo aventajó en cuanto incluyó miembros de sectores populares y se realizó en un clima de libertad realmente evangélica, signo inequívoco de que todos nos asumimos como pueblo de Dios.

Pero, como en otros aspectos, no sólo no ha sido llevado a la práctica, sino que, desgraciadamente, es prácticamente desconocido. Por eso sigue siendo verdad hoy lo que anota para su tiempo: “Una lenta recepción del Concilio Vaticano II y del magisterio postconciliar en lo referente a la eclesiología de comunión en la Iglesia” (2°26). La consecuencia es que “A pesar de los esfuerzos por avanzar hacia una Iglesia-comunión, persiste una identificación de la Iglesia con sus expresiones institucionales y

⁵ Lumen Gentium, capítulo segundo

Pedro Trigo, S.J.

jerárquicas” (2°14). Y, al persistir esta mentalidad, casi no hay participación laical: “Una escasa conciencia de pertenencia y de participación por parte de una gran mayoría de bautizados, ante una mentalidad institucionalista de la Iglesia” (2°30).

El reto es que los destinatarios de la evangelización sean también sujetos de ella. El ejemplo más claro que pone el Concilio Plenario es el de los jóvenes: “La Pastoral Juvenil no inventa a los jóvenes: los encuentra como son y donde están. El proceso debe realizarse desde y con los jóvenes. Ellos son punto de partida y sujetos activos de sus propios procesos” (8°52). ¿Vamos en esta dirección? ¿Queremos ir?: “Para lograr este objetivo es necesario poner en marcha un proceso basado en experiencias de vida, que se nutra de lo cotidiano, ayude a sentir la liberación de tantas ataduras y a saborear la realización de sus potencialidades en la transformación de realidades que están a su alcance. Una pedagogía pastoral de esta naturaleza exige que encuentren espacios abiertos en la misma Iglesia (Cf. SD 119)” (8°54). ¿Nos queremos abrir para que haya lugar en la Iglesia para esos procesos? Dios quiera que sí. Insistiendo en que esos procesos son el modo de acontecer en la historia de esa decisión de entregarnos al seguimiento de Jesús para siempre, aceptando su fraternidad y consecuentemente siendo hermanos personalmente de todos.

Pedro Trigo, S.J.

Bibliografía

Trigo, “Discernimiento de la nueva época desde América Latina.”. ITER Humanitas 31-32, en-dic 2019,99-115; RLT 111, set-dic 2020, 247-281

Fukuyama, El fin de la historia y el último hombre. Editorial Planeta, Barcelona 1992

Romero, “Transformación del conflicto en la Amazonía venezolana mediante la construcción de paz”. En Salvar la vida de la tierra, Gumilla 2023,16-51

Wegner/Zapata, Nueva mirada sobre Venezuela. Reflexiones para construir una visión compartida. UCAB/Gumilla 2023

Penfold, (2021): El país que se muerde la cola. Dabar 2023

LEDERACH, John Paul. Elementos para la resolución de conflictos. Cuadernos de No-violencia, No. 1, México: Ed. SERPAJ, 1989

Lederach, Educar para la paz - Editorial Fontamara, 1984

Lederach El abecé de la paz y de los conflictos. Educar para la paz y los conflictos Editorial Fontamara, Madrid 2000

Trigo, “Del totalitarismo a la dictadura”. ITER Humanitas n°26, jul-dic 2016,9-32

Trigo, ¿Cómo vivimos los venezolanos nuestra situación? Aportes para la acción social desde una perspectiva cristiana. Caracas: Centro Gumilla 2015

Trigo, Cómo relacionarnos humanizadamente. Relaciones humanas entre personas y en la sociedad. Caracas: Fundación Centro Gumilla 2012

Pedro Trigo, S.J.

a. Bibliografía citada

Concilio Plenario de Venezuela, *Documentos conciliares*. Conferencia Episcopal Venezolana, Caracas 2006

Concilio Vaticano II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*. BAC, Madrid, 1966

Papa Francisco. *Laudato Si*. Publicada el 18 de junio del 2015

Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*. Alba – Editiones Paulinae. Roma MCMLXII